

rar!... Y he aquí que cuando sabe que vm. está en un baile de máscaras, exclama;—yo quiero ir tambien; Bertrand, préstame tus vestidos voy á vestirme de hombre.

—Cómo, señorita, le dije, cuando habla vm. de hacerse cuerda y de no volver á ver al señor Augusto... Entonces se echa á reir como una loquilla llamándome pobre tonto. A fe mia, mi teniente, maldito si comprendo á semejante mujer.

—Bien lo creo, mi buen Bertrand, yo mismo no la comprendo, aunque la conozco mas que tú.

—Mas me gusta aquella pequeñita rubia... vm. sabe, mi teniente, aquella con quien hizo conocimiento enviándome á llevarle el doguito que habia per-

dido, y que yo hallé por la noche echado junto á nuestra puerta...

—Quieres hablar de Leonia.

—No, quiero decir madama Saint-Emond.

—Leonia Saint-Emond....., es lo mismo.

—No lo sabia, mi teniente.

—¡Ah! por ejemplo, Bertrand, tú eres la causa de que yo haya hecho ese conocimiento.

—Mas bien es el doguito, mi teniente.

—Leonia vivia en la misma casa que yo, y no la conocia.

—Por ventura, mi teniente, ¿se conocen los vecinos en Paris? excepto los porteros y cocineras que saben eso por su estado.

— En fin tú hallaste el doguito, yo te encargué preguntases al portero si alguno de la casa lo reclamaba...

— Me dijeron que habia una señora joven en el tercer piso que no habia dormido en toda la noche de sentimiento por haber perdido su perro, y que su aya despues de haber recorrido desde la cueva al granero, habia ido á mandar hacer carteles prometiendo treinta pesetas de recompensa al que volviese el animalito. Yo confieso que no pensaba que el doguito que no hacia mas que morder y gruñir valia cuatro meses de paga de un soldado : pero yo me apresuré á subir al tercer piso y hacer que diesen contra orden acerca de los carteles, volviendo á su ama el animalito, que, inmediatamente de haber entrado

en la habitacion comenzó á rascar una hermosa poltrona de raso liso azul, y á poner las patas en la jicara de chocolate de la señora, ¡ que no por eso dejó de llamarle joya, y de darme á mí las mas expresivas gracias ! En todo esto, mi teniente, no veo nada que obligase á vm. á enamorarse de madama Leonia Saint-Emond.

— Tú no lo dices todo, Bertrand ; olvidas que al bajar del tercer piso me hiciste un retrato muy atractivo de esa dama... me dijiste que tenia unos ojos... y luego una voz... y un cierto talle....

— Vaya, mi teniente, me parece que todas las mujeres tienen ojos, talle y voz.

— Sí, sin duda, mas enfin yo tuve curiosidad de conocer á esta joven vecina

que manifestaba tanta sensibilidad.

— Y se diría, mi teniente, que vm. ha desbancado al doguito, porque desde ese tiempo madama Saint-Emond no cesa de seguir á vm. los pasos; y á mí me preguntan, me quieren hacer hablar... me obligan á subir mientras la señora desayuna, y, luego ofreciéndome una copa de Malaga y un vizcocho, me preguntan en donde ha pasado vm. la noche anterior...

— ¿Y el señor Bertrand, enternecido con el Malaga, cuenta mis acciones á mi vecina?...

— ¡Ah! ¡como qué! mi teniente, ¿por quién me reputa vm.?... Yo iré á descubrir los secretos de mi amo....; aunque me pusiesen delante seis botellas de Malaga, no diría una palabra!...

es cierto que no me gusta el Malaga....

— ¡Eh! Dios mio, mi buen Bertrand, ¡yo no te regaño!... Tú sabes muy bien que yo no hago misterio de mis desvarios... ni aun á las que tendrían motivo de quejarse de ellos... Todo se reduce á amoríos y muchachadas...

— No importa, mi teniente, yo me hallo ciertamente muy embarazado. Preguntándome sin cesar está y aquella... La una me llama su Bertrancito, la otra su verdadero amigo... y todas esas señoras son muy graciosas.

— ¡Ah! parece que el señor cabo de escuadra ha reparado en ello...

— Pardiez, mi teniente, tiene uno ojos como cualquiera otro, y aunque mi corazón no sea tan fácil de inflamarse como el de vm., no por eso es invulne-

rable; y cuando veo á una de esas señoras llevar el pañuelo á los ojos..... Cuando oigo á la vecina echarse sobre un sillón diciendo que va á desmayarse, ¡enfin cuando la señorita Virginia exclama que se quiere matar! ya no sé donde me estoy... Corro de una á otra, les ofrezco vinagre y aguardiente, me desconsuelo, y aun alguna vez las acompaño en sus lágrimas... Le aseguro á vm. bajo palabra de honor que preferiria hallarme seis veces en un asalto, á presenciarse semejantes escenas.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..... ¡qué buen Bertrand!

— Eso es, vm. se rie, no le da un pito que le llamen *traidor*, *pérfido*, *barbaro*, *monstruo* y *cruel*.

— Esos son requiebros en boca de

una joven; esas palabras significan: te amo, te adoro, ¡eres mi embeleso!

— ¡Ah! monstruo quiere decir, ¡eres mi embeleso!... eso es otra cosa, mi teniente, yo no podia adivinar eso... ahora ya estoy al corriente. ¡Pero esas lágrimas que hace vm. derramar, ¡significan tambien que lo hallan á vm. lindo?

— ¡Eh! ¡mi antiguo amigo!... en materia de amoríos, ¿crees tú que las lágrimas son siempre sinceras?

— Entre tantas, mi teniente, bien pueden caer algunas de veras, y me parece que debe uno echarse en cara la pena que causa á un lindo palmito.

— Te prometo enmendarme, Bertrand, y ser mas cuerdo en lo sucesivo..... Pero, ¿piensas tú que quiero

causar ninguna pena á este sexo encantador, cuando lo adoro, y pongo toda mi felicidad en complacerlo?

— No, mi teniente, sé muy bien por el contrario; que vm. querria dar gusto á todas las jóvenes bellezas que encontrase... pero en vez de gustos les causa vm. disgustos y cuidados... y vm. mismo..... porque como se lo decia á vm. hace un instante : El gran Turana...

No escuchaba ya á Bertrand Augusto que habia sacado la cabeza fuera del cabriolé é iba mirando á una joven aldeana que acababa de salir del bosque y seguia el mismo camino que nuestros viajeros, llevando por delante un jumento cargado de canastas en que habia muchas vasijas de hoja de lata, que

sirven para llevar la leche que suministran los aldeanos á los habitantes de Paris.

Como el jumento no caminaba tan ligero como Bebelá, Augusto iba deteniendo á su caballo, y le hacia andar al paso, á fin de ver por mas tiempo á la joven.

— ¿Quiere vm. que dé un latigazo á Bebelá? dijo Bertrand, admirado de que no marchaba mas que al paso.

— No, no, así va bien.

— Sí, mi teniente, hará vm. muy bien en volverse juicioso.... quiero decir juicioso para vm.; de otro modo no bastaria su fortuna para todos sus gastos; vm. me ha nombrado su mayordomo, puedo de consiguiente permitirme el contar con vm., y, sin ser un gran

calculista, veo en claro que cuando se saca continuamente de una caja, queda luego vacía. Este año no es vm. muy feliz en ese maldito juego á que juega vm. con tanta frecuencia, ya sabe vm., mi teniente, aquel en que se vuelven los reyes...

— Frescura... un bonito talle... ojos hechiceros... ¡es ciertamente extraordinaria!...

— Y luego los schales que envia vm. á la una... la cuenta de la modista que paga vm. por la otra.

— ¡Y todo eso en una lechera!...

— Cómo, una lechera... ¡Paga vm. tambien su cuenta, mi teniente?...

— ¡Quién diablo te habla de cuenta! Mira esa hermosa joven que sigue el mismo camino que nosotros...

— ¡Bien! es una lechera, ¡á eso se reduce!

— No ves qué linda es.... y su sonrisa maligna siempre que sus ojos se dirijen hácia nosotros...

— ¡Sin duda quiere vendernos quesos de crema?...

— ¡Badulaque! ¡cómo, no ves otra cosa que quesos!.. Vaya ese justillo de buriel, esa doble pañoleta de lienzo, cerrada hasta el cuello, ocultan muchos tesoros...

— ¡Tesoros!... ¡tesoros!... Pardiez, facil es adivinar poco mas ó menos lo que eso puede ocultar, aunque engaña con frecuencia; pero enfin semejantes tesoros no son raros; ¡sin duda que por los de esa lecherilla vamos ahora como un carruaje de harineros?

— No, no... sino que comienzo á cansarme de estar en el cabriolé... hace hermoso tiempo... conozco que me hará provecho el caminar á pie. No estamos mas que un cuarto de legua de casa del señor Destival; toma, Bertrand, coje las riendas, yo iré á pie lo restante del camino.

— Cómo, mi teniente, ¿vm. quiere?...

Habia ya parado Augusto el cabriolé, saltó con lijereza al camino, á pesar de los murmullos de Bertrand, y le dijo :
— vete siempre con Toni...

— Pero, ¿qué diré en casa del señor Destival?...

— Que te siga... llegaré allí tan pronto como tú.

— Pero...

— Bertrand, yo lo quiero.

No replicó mas Bertrand; pero echó una mirada de disgusto á la lecherita, y dió un latigazo á Bebelá, que muy pronto trasportó el cabriolé lejos de Augusto.